

# Correo de Suecia

Uppsala 5 de mayo, de 1998

Suplemento "El Duende"  
Casilla N° 448  
Oruro - Bolivia

Carta de agradecimiento

Estimados señores:

Hace unas semanas tuve la sorpresa de recibir los suplementos de "El Duende" y pude observar la bella simetría que encierra sus páginas.

Debo decirles que estoy muy impresionado por la calidad, tanto del material en sí como de la valiosa información que brinda al lector acerca de los valores culturales y artísticos de nuestro querido pueblo. Oruro, capital folklórica de Bolivia, junto a sus arenales y altiplanicie también vio nacer a muchos escritores, poetas y ensayistas que pasaron a formar parte de nuestra literatura, pero que injustamente corrieron una suerte de brujos, quedándose incrustados en las montañas. Sin embargo, "El Duende", que aparece repentinamente en cualquier rincón del mundo, saca a luz a todos los artistas orureños, que por esas cosas extrañas que tiene la vida han sido olvidados e ignorados durante el transcurso del tiempo.

Precisamente "El Duende", haciendo honor a su nombre, expone en sus páginas lo que se ha ido haciendo y deshaciendo en cuanto a literatura se refiere. Pero la literatura no es sólo una de las bellas artes, sino que también es una manera de mirar, en este caso, a Oruro. Por eso nos tiñe de nostalgia, nos transporta a sus calles, a ese laberinto cargado con la sutil arma de la palabra y a sus tertulias, que sin duda alguna, serán recopiladas en algún lugar.

Podríamos decir que dicho suplemento, ya es un legado histórico, que por su contenido seguirá siendo objeto de colección para muchos orureños dentro y fuera del país.

Son muchas las horas que se han gastado, mucha tinta ha corrido a lo largo del papel, y en el juego de los espejos, se refleja la metáfora que destruye las fronteras racionales.

Gracias a este lenguaje extraviado que se lleva de este mundo al más allá, o viceversa, podemos contemplar la diversidad de la naturaleza orureña. Visto de este modo, y siguiendo el camino que conduce a la tierra donde los diablos y morenos lanzan sus pañuelos a los cuatro vientos, sería propicio citar, entre otros, a Luis Mendizábal Santa Cruz, Adolfo Mier y a doña Milena Estrada Sainz, a quien conocí personalmente cuando era niño, y muchas veces le ayudé a cruzar la calle.

Pues bien, a estas alturas y desde el país de los vikingos, quiero felicitarles por esa ardua tarea de trabajar por la palabra escrita. Lejos de novedades triviales, han logrado despertar a los solitarios que ayer deambulaban sin dirección. Estoy seguro que ese místico hombrecito seguirá llegando a estos lados para deleitar a los que aman las aventuras literarias.

"El Duende", tiene algo de tesoro del cofre y visita con su musa cuando "los metales azules", como decía Neruda, tapizan el cielo.  
Atentamente.

**JAVIER CLAURE COVARRUBIAS, Oruro-1961.**  
poeta y ensayista, Radica en Suecia.



# "El Duende" en Estocolmo

Por fin se (re)apareció "El Duende" en Estocolmo, tras haber sido decomisado por razones de "sobrepeso" en la aduana de Cochabamba. Pero ahora que lo tengo entre las manos, bien doblado y empaquetado, les agradezco a los amigos que tuvieron la gentileza de enviármelo desde la capital folklórica de Bolivia, en cuyo Carnaval, amparado por la Virgen del Socavón, bailan los diablos al son de los tamboreros y soplalatás.

"El Duende" sale del paquete y yo lo miro de anverso y reverso, de arriba a abajo. ¡Cuánto se ha superadol, me digo, mientras le echo un vistazo por dentro, hoja por hoja, punto por punto. Tiene las páginas repletas de letras, unas más grandes y otras más chicas, pero todas con un lenguaje (re)creativo y un mensaje inteligente. ¡Ah, carajo!, me vuelvo a decir, pensando en que este personaje, transmisor del sentido común de los arawikus (poetas andinos), lleva el cuerpo zurcido de imágenes y más de una sorpresa escondida en la copa del sombrero.

"El Duende", cuya contextura y color parecen hechos de copagira y de tiempo, carga las notas y noticias de quienes, en lugar de construir un castillo de arenas en los arenales de Oruro, prefieren construir una fortaleza de imágenes y palabras, donde puedan refugiarse las criaturas del alma y los santo-demonios de la imaginación; una labor encomiable que nos revela tanto el fulgor del pensamiento humano como el desafío quijotesco de un grupo de intelectuales que a diario se enfrentan contra los molinos de la incompreensión.

Debo reconocer que "El Duende", cuya lectura implica para mí un modo de ponerme en contacto con la realidad ausente y lejana, tiene la fuerza de transmitir las vibraciones literarias de quienes, vistos y leídos a la distancia, parecen luceros integrados en la amplia constelación de la literatura latinoamericana. No me equivoco si digo que los vates bolivianos no se dejan pisar el poncho, aunque no más fuera por razones de orgullo. Hay sustancia en su discurso escritural y un deseo tenaz por salvarse del silencio y el olvido, al menos esto constato cuando leo "El Duende" sin saltarme un solo verso, un solo renglón; una veces creyendo encontrar en sus páginas la faz oculta de la memoria y, otras intentando descifrar las metáforas dedicadas a la vida, el amor y la muerte.

Como comprenderán, "El Duende" se ha convertido ya en un visitante amigo y, por qué no decirlo, en un paisano (re)querido con irresistible paciencia. Es lo mismo que llegue en avión o en trasatlántico, pues la inquietud con que se lo espera no modifica en absoluto su presencia. Lo importante es tenerlo aquí, entre amigos, para gozar de su lectura y ensancharle el camino que se va abriendo pasito a paso.

En Estocolmo, tierra habitada por los gnomos del bosque, la nieve y la oscuridad, se lo recibe siempre a contraluz - en CONTRALUZ-, y se le da la bienvenida, porque trae la palabra, tanto en verso como en prosa, de unos amigos que (todavía) nos recuerdan a pesar del tiempo y la distancia.

"El Duende", como en otras ocasiones, paseará por esta ciudad anfibia, agarrado de la mano de sus lectores, quienes lo leerán como se leen las cartas llegadas de allende los mares, trayendo novedades con olor a bolivianidad y tinta fresca. Además, "El Duende", que tiene la intención de compartir con nosotros sus ideas y sentimientos convertidos en palabras, es una especie de lanza literaria que, por mucho que corramos, nos alcanza donde quiera.

Ya sabemos que "El Duende", a pesar de sus escasas páginas, es el vocero más importante de la cultura orureña desde cuando se convirtió en la "yapa" imprescindible del diario "La Patria". En él cohabitan los artistas y escritores que, desde el interior y exterior del país, contribuyen a encender la llama de la creatividad entre las tinieblas de la literatura boliviana.

"El Duende" da las pautas y nosotros le seguimos las huellas, pues todo parece indicar que llegamos hasta el umbral del siglo XXI a paso lento pero seguro. Ahora sólo queda agradecerle por su presencia y recordarle que no se olvide que en estas tierras -menos anchas y más ajenas- existen también seres dispuestos a compartir las emociones del alma.

Así pues, una vez más, he tenido la honda satisfacción de leer las páginas de "El Duende" y la oportunidad de constatar que sigue siendo el faro espiritual que ilumina el pensamiento altiplánico. Ojalá permanezca con el mismo entusiasmo, sin desmayar ni desaparecer en los recovecos del camino, pues lo necesitan no sólo los escritores orureños, sino también los escritores de la diáspora boliviana.

Estocolmo, mayo de 1998

**VÍCTOR MONTÓYA, (En Paz, 1958)** Reside en Estocolmo (Suecia). Autor del Hoelga y represión; Días y noches de angustia; Cuentos violentos; El laberinto del pecado y El sen de la conciencia.